

Carlos Pedro de la Higuera Pérez

Director general de Gredos San Diego Cooperativa

El primer poema que logré aprender de memoria en mi niñez era un cuento que Rubén Darío dedicó a una niña soñadora, Margarita Debayle. Todavía recuerdo la mayor parte de sus versos, versos que en muchas ocasiones he recordado en algún paseo en solitario, o para dormir a mis hijas cuando eran pequeñas. Hace tres años (durante un certamen poético celebrado en San Tirso de Abres, a orillas del Eo, entre Galicia y Asturias) un anciano del lugar, de 93 años sorprendió gratamente a los presentes recitando:

“Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar...”. Cuando hubo acabado de recitar el poema le comenté la emoción que sentía de escuchar los versos que yo había aprendido de muchacho, y lo admirado que estaba de que, a pesar de su avanzada edad, tuviera una memoria tan prodigiosa, a lo cual respondió que era una de las ventajas de utilizar los dones y oportunidades que la vida nos otorga.

En efecto, cuando aprendes una cosa tienes la oportunidad de recordarla y aplicarla con el paso de los años. Será siempre nuestra valiosísima y silenciosa compañía. Para eso, entre otras cosas, vale el esfuerzo. Imaginemos, por un instante, que habéis hecho vuestros las enseñanzas, principios y valores que os hemos transmitido desde el colegio, o en vuestra casa, comprobaréis con el tiempo la enorme utilidad que tenéis con ellos, cómo las dificultades, que habrán de ser muchas en el camino de la vida, se van diluyendo ante vuestro empuje si son vuestras la voluntad y la apuesta por el conocimiento, si sois capaces de distinguir entre lo importante y lo accesorio.

A propósito de esto, y aprovechando la estación en la que estamos, os voy a contar un cuento, un pequeño cuento... de primavera: *El gran guijarro*, de Catherine Rambert. Durante un seminario en los Estados Unidos, en la célebre universidad de Harvard, se solicitó a un viejo profesor de filosofía que diera una conferencia ante los más altos dirigentes del planeta. Su tema era el tiempo. Aquellos hombres y mujeres responsables del destino del mundo estaban muy ocupados y el profesor sólo disponía de una hora para exponer su enseñanza. Se presentó ante la ilustre concurrencia y saludó con una sonrisa. Examinó lentamente los rostros, uno a uno, luego tomó la palabra con una voz dulce que contrastaba con la agitada actitud de su auditorio. Sus gestos pausados y lentos eran otras tantas inclinaciones a la serenidad.

Se agachó y tomó, bajo la mesa tras la que estaba, un gran bote de cristal transparente que colocó, con precaución, ante sí. Luego sacó, también de debajo de la mesa, una docena de guijarros grandes como naranjas, y los depositó uno a uno en el recipiente. Cuando éste estuvo lleno y fue ya imposible añadir un solo guijarro, levantó despacio los ojos hacia la concurrencia y preguntó: “¿Está el bote lleno?” Todos respondieron: “Sí”.

Cuidó el efecto y prosiguió: “¿De verdad?”.

Se inclinó de nuevo y tomó de debajo de la mesa una bolsa de grava que vertió sobre los guijarros. Agitó un poco el recipiente y la grava se infiltró entre los guijarros... hasta el fondo.

El profesor miró a su auditorio y preguntó: “¿Está lleno el bote, ahora?”.

La concurrencia, perpleja, vacilaba cuando alguien soltó: “¡Probablemente no!”.

Bien, –opinó el sabio.

Con infinitas precauciones, aún, sacó de debajo de la mesa un cubo de arena cuyo contenido vació sobre las piedras. La arena se introdujo entre los guijarros y la grava. De nuevo, preguntó: “¿Está lleno el bote?”.

–¡No!– aseguraron todos los espectadores.

Y, como todos esperaban, tomó una jarra llena de agua y la vertió hasta llenar por completo el bote inicial.

“Esta vez, creo que el bote está lleno”, dijo.

Y todos asintieron.

“¿Qué gran verdad nos enseña esta experiencia?”, preguntó.

Pensando en el tema del curso, la gestión del tiempo, uno de los dirigentes se arriesgó a responder: “Ha querido usted demostrarnos que el tiempo es comprimible y que incluso cuando nuestra agenda está sobrecargada siempre es posible añadir algunas citas más”.

El maestro sonrió.

“La gran verdad que nos enseña esta experiencia es que si yo no hubiera puesto los guijarros grandes primero, no hubiera podido hacerlos entrar todos luego”.

Un profundo silencio acogió sus palabras. Todos tomaban conciencia de la evidencia de aquellas frases, sin comprender sin embargo su sentido.

“¿Cuáles son los grandes guijarros de su vida? –prosiguió el maestro–. ¿Cuáles son sus prioridades absolutas? En una palabra, lo esencial de su existencia. ¿Su familia? ¿Su salud? ¿Sus amigos? ¿Realizar sus sueños? ¿Cultivarse? ¿Defender una causa? ¿Tener tiempo? ¿Ser feliz? La lección que debemos sacar de este experimento es que debemos siempre dar primacía a lo esencial, de lo contrario nos arriesgamos a que nuestra existencia se nos escape. Si se da prioridad a las menudencias (la grava, la arena), nuestra vida no irá hacia lo esencial”.

La concurrencia escuchaba en silencio estas frases llenas de sabiduría.

“Entonces, –añadió el viejo profesor– háganse cada día la pregunta: ¿cuáles son los guijarros grandes de mi vida? Y colóquenlos prioritariamente en su bote”.

Tras estas últimas palabras, el viejo profesor saludó al auditorio y, lentamente, abandonó la sala.

Y aquí acaba el cuento, deseándoos a todos que sepáis colocar primero los grandes guijarros en vuestra vida. Queremos lo mejor para vosotros. Mucha suerte. Gracias por vuestro tiempo.